

ARTE INFORME

i ESPECIAL BOTERO 90 AÑOS

Los maestros del maestro

Fernando Botero se nutrió de la tradición occidental de la pintura, asimilando influencias locales, regionales y universales.

Por ÁNGEL CASTAÑO GUZMÁN

En la biografía del pintor antioqueño Fernando Botero se destaca el marcado rasgo autodidacta de su formación: su pincel se nutrió de visitas a museos y del contacto directo con ciudades y países de enorme riqueza plástica.

En su estancia en La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, España, por ejemplo, se dedicó a aprender de los maestros reunidos en los pasillos del Museo Nacional del Prado. En esos corredores, guiado por la curiosidad por el color y las formas, estudió las obras de los pinceles célebres de los siglos XV al XIX. También marcó de manera decisiva su carrera los viajes juveniles por Italia. Allá se empapó de la pintura del Renacimiento. La perspectiva fue un factor clave en ese momento. Por supuesto, su contacto con las vanguardias le ofreció un

camino para superar las posturas conservadoras del arte nacional de ese entonces.

No en vano, la suya es la primera generación de pintores que se insertó en las corrientes estéticas del mundo. De las iniciales ilustraciones hechas para EL COLOMBIANO, pasando por sus cuadros de experimentación hasta llegar a las series que lo consagraron a nivel planetario, Botero ha sido un artista que ha sabido dialogar con la tradición, alimentarse de ella y hacer los necesarios quiebres para lograr un registro propio.

Al hacer un inventario no exhaustivo de los artistas que algún influjo tuvieron en la vida o en la obra de Fernando Botero surgen algunos nombres en los que vale la pena detenerse.

Son influencias de diferentes procedencias, que van de lo local a lo universal. Como todo artista, Botero ha transitado los senderos de la universalidad ■

RAFAEL SÁENZ MORENO

El primero de ellos –por razones de antigüedad y cercanía geográfica– es el pintor antioqueño Rafael Sáenz Moreno. Nacido en Medellín el 29 de enero de 1910, Sáenz fue maestro de artistas importantes para la historia de la plástica antioqueña y colombiana, entre ellos, por supuesto, Fernando Botero, y también Aníbal Gil y Rodrigo Callejas. Entre los reconocimientos recibidos por Sáenz se destacan el primer puesto en la categoría al óleo en el concurso Exposición de Pintura organizado por la Sociedad Amigos de Arte en 1948 y el segundo lugar en 1950 en la Primera Exposición Anual de Artistas Antioqueños. Dos de sus cuadros más reconocidos son *Entierro Campesino* y *El asesinato (foto)*. Sáenz murió el 30 de enero de 1988. En la Universidad de Antioquia hay una sala de exposiciones con su nombre.



ALEJANDRO OBREGÓN

El pintor Alejandro Obregón –el primer artista moderno colombiano en opinión de la crítica argentina Marta Traba– fue una de las influencias tempranas de Fernando Botero y de su generación. Al respecto, dice un artículo publicado por el Museo Nacional de Colombia: “Su gesto pictórico repercutió en importantes artistas como Fernando Botero, Lucy Tejada y Cecilia Porras”. Obregón nació el 4 de junio de 1920 en Barcelona, España. A los seis años su familia se instaló en Barranquilla. En su juventud, Alejandro viajó por España, Reino Unido y Estados Unidos. Hizo parte del célebre Grupo de Barranquilla, conformado por Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda, Alfonso Fuenmayor y Cecilia Porras. Su pintura más representativa –con la que ganó el Premio Nacional de Pintura en el XV Salón Nacional de Artistas de Colombia– se titula *La Violencia*. Murió el 11 de abril de 1992.



RUFINO TAMAYO

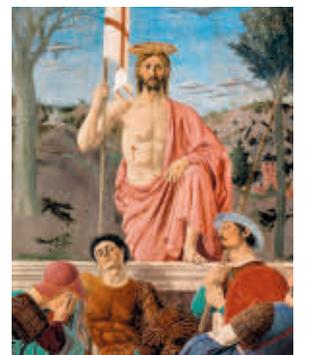
En el periodo muralista de Botero se percibe la influencia del muralismo mexicano, en particular de Rufino Tamayo. Nacido en Oaxaca en 1899, Tamayo



conforma con el grupo de los tres –Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco– un momento estelar de la pintura mexicana. Todo el arte mexicano de principios del siglo XX se alimentó de las profundas conmociones culturales que la Revolución Mexicana produjo en el país. Tamayo conservó la distancia con los postulados ideológicos y sociales de buena parte de sus coetáneos. Una obra emblemática de su trabajo es *Homenaje a Benito Juárez*. Murió el 24 de junio de 1991. Es uno de los pinceles mexicanos más importantes y de carrera más larga del siglo XX.

PIERO DELLA FRANCESCA

En su período europeo, Fernando Botero se empapó de las formas y las perspectivas de los maestros de la antigüedad. Se nutrió de los trabajos y hallazgos de los principales pintores de la tradición occidental. Uno de ellos fue Piero della Francesca. El artista nació en Borgo del Santo Sepolcro, Italia, en 1415. Fue experto en pintura al fresco –modalidad muy propia de su época–, además de ser reconocido geómetra y matemático. Aunque nunca trabajó bajo el mecenazgo de los Medicis, la crítica considera su obra uno de los baluartes de la plástica del Renacimiento. La casi totalidad de los temas de la pintura de della Francesca gira alrededor de la religiosidad católica. *Resurrección* constituye un hito en su obra. Murió en 1492.





“Botero es un gran artista, creador de un mundo propio, en el que la hinchazón de los seres y de los objetos que lo forman no es solo un rasgo físico, sino obedece a una razón de ser profunda”.

MARIO VARGAS LLOSA
Novelista.



PAOLO UCCELLO

Es otro de los miembros del Quattrocento que influyó en Botero. Hay un debate respecto al lugar de nacimiento: algunos lo ubican en Pratovecchio mientras otros señalan a Florencia. Sobre la fecha sí hay consenso: el 15 de junio de 1397. Uccello es el maestro de la perspectiva. Se inscribió en el gótico tardío, privilegiando el color antes que el realismo. Fue un soberbio pintor de animales. El primer relato de su vida que se conserva lo escribió el pintor y arquitecto italiano Giorgio Vasari. Su influencia trasciende el ámbito de la pintura al punto de percibirse en las obras de escritores del siglo XX, entre ellos Antonin Artaud. La pintura *Batalla de San Romano* es un momento clave de su trayectoria. Murió en 1475.



ANDREA MANTEGNA

El trío de influencias del Quattrocento lo completa Andrea Mantegna. Nacido en cercanías de Padua, Italia, en 1431, fue recibido en calidad de aprendiz en el taller de Francesco Squarcone. Su interés se centra en las proporciones de la figura humana, incluyendo en sus pinturas personajes con las formas de la belleza clásica. Un ejemplo de esto es el cuadro *Lamentación por el Cristo muerto*, quizá su obra más conocida. Trabajó protegido por el mecenazgo de la familia Gonzaga, gobernante de la ciudad-estado de Mantua, ubicada en Lombardía. Fue otro de los maestros de la perspectiva, al dibujar las siluetas en escorzo, es decir vistas desde abajo. Este aporte a la pintura fue revolucionario en su momento. Murió en 1506, a los setenta y cinco años.



ARTE COLUMNA

Anatomía de una locura

El 7 de agosto de 1949, Fernando Botero publicó en el suplemento de EL COLOMBIANO esta columna. Fragmento.

Por FERNANDO BOTERO

Es el París de 1920, no el de los sueños en colores de Degas y Renoir y de la “mademoiselle” tocada de primavera sino el de la visión del recuerdo, del puñetazo y del hombre. Surgen mil y una filosofías y otras tantas se van a pique; se discute, se toma “café-crème” y se habla de artes y de poesía. El romanticismo hace ya tiempo que ha perdido su melena, aunque todavía se ven los estrafalarios “tradicionalistas”: melnudos fumadores de opio que cubren sus incomprendidas cabezas con el clásico chambergo de anchas alas. París no inventa el arte, lo acoge y a cada aspirante le vende su porción de fama... es el París que solo se abandona a rastras.

El ambiente está impregnado de surrealismo, parecería que todos se han vuelto locos. Ha nacido de la liberación de obsesiones en el psicoanálisis de Freud. El hombre se convulsiona en medio de la refinada crueldad de los trastornos anímicos. Es su periodo de producción más fecundo. Dalí, pontífice máximo de la pintura del subconsciente, considera la locura como el estado ideal del artista y es atormentado por sus perpetuas alucinaciones: un caracol que encontrara alguna vez en su Costa Azul, un reloj desmayado y las voluminosas caderas de su nodriza, pero el surrealismo en la plástica se puede considerar como una real violación de las leyes físicas: los pensamientos y las ideas caen envueltos en un concepto de materia impelidas por la acción de la gravedad; de esas imaginaciones dislocadas van saliendo en un estilo de maniática precisión con todos los procedimientos clásicos y la geometría tradicional (sus obras se mueren de frío) las más delicadas visiones; se lanzan hacia el infinito por perspectivas imposibles en medio de una abstracción llena de locura. Es la lógica de la demencia de una época, causada por la desgarradora realidad de la guerra: mujeres expridas (sic), sombras de recuerdos que se levantan de entre las ruinas humeantes, pesadilla exterior que enloquece a un mundo acosado por dramáticos pesares.

“El surrealismo, dice André Breton en su manifiesto de 1924, es el automatismo psíquico puro por medio del cual nos proponemos expresar, sea en cualquier



Página original del suplemento. Léalo completo en www.elcolombiano.com.co

otra forma, el funcionamiento real del pensamiento”. En efecto, para dar una conferencia en Londres, Dalí se presentó vistiendo escafandra de buzo y ancho cinturón cuajado de pedrerías, en la diestra un taco de billar y conduciendo del dogal dos perros lobos; y dijo para explicar su exótica actitud, que lo que pretendía “era bucear profundamente en la mente humana”.

Logran su objetivo presentándonos asociaciones ilógicas de objetos desprovistos de relación y vínculo entre sí; la mente se dispersa entrando en un recinto de evocación y de sugerencia, es el arte de propósitos más psicológicos que materiales y de comprensión temática sobrematerial. Sus adeptos siguen el credo de Leonardo, “la pintura es cosa mental”, y se abandonan al derecho que el artista tiene de crear a su gusto, sin restricciones.

Con Breton surgieron en la lírica surrealista Louis Aragón, Benjamín Peret, Paul Eluard y el suicida precoz René Crevel que invadieron a Francia con la hojarasca de sus manifiestos, que no son otra cosa que adaptación de las doctrinas de Freud, después de haberlas asimilado y haberse penetrado de ellas.

En la plástica, Dalí, que llega de Barcelona al igual que Picasso y otros que ya se hallaban establecidos en la meca del Sena: Miró, Ives Tanguy, Marx Ernest, para citar a unos pocos, escriben, exponen y claman “que pintan para las masas”, aunque encuentren natural que las gentes no los entiendan... “al principio ni yo mismo los entendía, dice Dalí; hay a menudo símbolos que no he podido explicarme” ■